

LADISLAO GRYCH

SEAN MISERICORDIOSOS ⁽³⁴⁾

Para una Comunidad que llevo en mi corazón, pues tiene un gran destino que viene del Señor.

El texto está escrito con una mirada puesta a la Comunidad de la Divina Misericordia, que me atrae desde hace tiempo; no obstante, aún hay un pensamiento en el ensayo que está como más allá de la Comunidad, y que resulta importante; se trata de la apertura hacia un movimiento que debe nacer del espíritu; y no es sólo un decir más, como lo solemos hacer por tantas otras cosas.

PREFACIO

Hablo una vez más, de la Divina Misericordia; y quizás, sería así por siempre, en mi vida, pues es un tema inagotable, una experiencia profunda; si bien viene del Señor, la vivencia pasa por el corazón que debe crecer en la Misericordia, y el Señor nos da las oportunidades para poder experimentarla y, de este modo, abrirnos hacia los hermanos.

Quien no intuye la Misericordia del Señor, ni siquiera intenta ver su verdadera Imagen; y es la que necesitamos, la que aún buscamos y la esperamos; decimos que, en nuestro tiempo, el Señor podría expresarse con su Misericordia, aún más que en otros tiempos; pero también, los corazones deben estar más abiertos para recibirla.

La Paloma, 7 de marzo de 1995

A. 1. EL PADRE

Muchos de los hijos en este mundo, tienen dificultades de encontrarse con el Señor, nuestro Padre de siempre; parece que las circunstancias se lo impiden a ellos; es por eso que su camino se hace largo; cuando logran descubrirlo, empiezan a ver el verdadero valor de sus vidas.

¿Cuánto tiempo tardan?

Por su cuenta quizás no llegan, pero si Jesús está...

a. SE FUE EL HIJO

El hijo se fue lejos; hace tiempo que se perdió el rastro de sus pies en el camino; ¿por qué se fue?

Estaba convencido de que debía hacerlo, y le parecía que ése era su camino.

¿Y el Padre?; ¿qué podía hacer si el hijo insistía?

El Padre le dio la herencia, lo que tenía para él.

¿Por qué quiso irse, aún insistiendo?

Son las cosas de la vida; si bien, deseamos que el hijo actúe de otro modo, se va igual.

El Padre no quiere que se vaya; no obstante, aún respeta la decisión de su hijo que se apresura.

La libertad es sagrada en la vida del hombre, pero se mezcla con las ilusiones de lo que podría hacernos felices.

El hijo se ilusiona, antes de emprender el camino; tendrá sus ideas y sus proyectos.

También, en medio de sus planes, está la decisión de irse lejos del Padre, como si, al estar con Él, la vida se le hiciese condicionada, y quizás oprimida.

El Padre presente por qué el hijo se va, trata de entender su decisión tomada; pero no puede ayudarle, para que vea cómo

es de veras, no cómo lo presente el hijo.
El hijo no entiende al Padre, y éste no se le puede explicar;
porque no es la hora para que el hijo lo comprenda.
Y se trata de la vida del hijo, y de lo que le puede pasar.

Al Padre no le queda otra cosa que asumir, con todo el dolor
de su alma, mientras el hijo, parece que se va feliz, al buscar
lo propio de su vida.

Lo va a buscar corriendo, como si al estar lejos de su Padre,
la esperanza fuese más grande aún; y lo va buscar soñando,
como si se pudiese vivir de los sueños.
Le parece que lo que él espera, vendrá pronto, aún fácil; lo
empuja su entusiasmo, lo lleva el viento que le acompaña.
¿Adónde?; pero, no sé si es para siempre, por el momento sí.

El hijo se fue, y el Padre se queda; el hijo está en sus cosas, y
el Padre sigue pensando en él; pasan muchos días.
¿Volverá el hijo, sano y salvo?
Está pensando el Padre y el hijo está en lo suyo; y la vida los
envuelve cada vez más.

La vida es así; cuando empieza a enredarse, parece como si
no tuviese otra opción, sino seguir en el camino que había
emprendido; y la realidad lleva; ¿hacia dónde?
Puede llevar a cualquier cosa; a la muerte, a la destrucción,
mientras el Padre sigue esperando.
¿Acaso no debería salir a buscarlo, y a traerlo a su casa?
Sin embargo, respeta a su hijo.
No sé cómo el hijo reaccionaría frente al Padre, si Él saliese
a buscarlo; quizás, se encerraría más aún; si le respondiese,
no haría de un modo maduro.
Mientras el Padre sigue esperando, el hijo está en su camino,
hundiéndose más aún.

¿Por qué el Padre sólo espera a su hijo?
¿Y si el hijo se pierde para siempre?
¿Por qué no fuerza su vuelta, si su vida está en peligro?
Esos pensamientos nacen, mientras veo las vidas destruidas y perdidas, luego de las idas tristes; ¿y cómo comprenderlo?
Al decir que la vida está perdida, aún no tenemos luz para verla bien; por eso, la juzgamos.

El hijo se queda en la frontera entre la vida y la muerte y allí, comienza a pensar con cierta seriedad.
Ha logrado ver que todo había comenzado con irse de la casa de su Padre; si se hubiese quedado, no sufriría tanto dolor ni tanta desgracia; hoy, le queda ese tiempo para llorar, y tan lejos que nadie lo escucha, ni siquiera el Padre.
El hijo ve su realidad; pero, ¿adónde lo lleva esa reflexión?; ¿tendrá tiempo para razonar, para salvar su vida?

¿Cuánto tiempo le costó la decisión, y cómo llegó a ella?
En fin, es uno de éstos que vuelve, porque la gracia supera todo en su vida; pero hay otros que no vuelven,
Aún, me pregunto si todas las vidas reciben esa gracia; y creería que sí, sin embargo, no todos van a volver; cada vida es tan distinta, tan misteriosa.

El hijo toma la decisión, al vencer el miedo y la vergüenza; su vida le importa más que cualquier otra cosa.
Es la decisión que toma por encima de las cosas; y sabe que debe volver, a pesar de que le cuesta mucho.
Ahora, le espera el encuentro; y están el tiempo perdido y la herencia mal gastada; todo es tan triste y nada de bueno.
Y le espera el encuentro con el Padre.

El encuentro fue como uno de los menos esperados.
Es cierto que el hijo no conocía a su Padre; pues si lo hubiese conocido, habría esperado lo que iba a ocurrir; ante todo, no

se hubiese ido del Padre.

Recién ahora, lo conoce mejor; y debía pasar por tantas cosas para descubrir su verdadero Rostro.

Entonces, ¿hubo la razón para que pasase por tantas cosas? ¿Por qué no conocía bien a su Padre, antes de irse de su casa?; todo es un misterio para mí.

Agradezco al Señor por la experiencia del hijo que fue difícil para él, pero lo llevó a la gracia, mientras iba descubriendo el verdadero rostro de su Padre.

El hijo no se perdió, porque la gracia lo iba superando; hoy goza de una felicidad, al lado del Padre; los dos están muy felices.

Cuántos hijos perdidos han escuchado ese relato y por eso, vuelven a la casa de su Padre; y están felices como este hijo encontrado, y algunos más.

Jesús viene a decirles a que se animen a volver; les habla del Padre antes del encuentro, pero cuando logren estar con Él, verán mejor lo que Jesús les anticipa.

Aún me quedo con algunas cosas; es la responsabilidad y la gracia a la vez: ¿cómo hablar del Padre para que vuelvan sus hijos?; entonces, ¿sabré hacerlo?; ¿tengo su Imagen, en mi corazón, para que me crean?

Si no la tengo, ¿qué les voy a decir, y para qué hablar?

b. ¿CÓMO COMPRENDERLO?

No sé si siempre fue así; pero hoy, tantos hijos sufren los conflictos con sus padres; la vida se les complica de modo, que muchos se van de sus casas; si aún luchan como pueden, remando contra los vientos y mareas, en medio de sus vidas perdidas, aún caminan sin rumbo.

¿Y cuántos padres se fueron, antes que sus hijos?

Los hijos viven con mucho miedo de que se vayan los padres; pero hay tanta realidad triste y tanto dolor.

Muchos de los hijos nacen en las condiciones muy tristes; no son esperados por los padres; no bien nacen, asumen toda la conflictividad, la confusión y los sentimientos perdidos. Entonces, ¿qué es crecer en medio de esta realidad, a dónde les lleva la vida?; es lo que vemos, lo que nos hace presentir tantos problemas; todo se nos viene como una ola.

Aún pregunto por esas vidas que nacen en las condiciones adversas; y si es cierto que cada vida tiene su sentido, éstas también lo tienen; me sigo preguntando por el sentido, es que lo hay; tan sólo es que no lo veo o, por el momento, no lo puedo ver; ¿cuál es la verdad de cada vida que viene a esta tierra?

¿Cuál es el sentido de la vida?; porque hay un camino para todos, para los padres y para los hijos; para los padres que, en medio de su realidad, proyectan la vida en sus hijos, y también, para los hijos, que comienzan en el mundo desde una realidad tan dolorosa.

Parece que el Señor nos elige las mejores condiciones para nuestro crecimiento; si hubiésemos podido ver nuestro lugar en el mundo, como el Señor lo proyecta, le agradeceríamos por nuestra vida en las circunstancias que nos tocan; y si Él nos hubiese propuesto elegir la familia, buscaríamos la que hemos recibido; este pensamiento me da mucha tranquilidad, mucha paz.

Entonces, ¿por qué en estas condiciones?; es como si la vida las necesitase; y si las necesita, ¿por qué rebelarnos? Pero, ¿cómo decirlo a los hijos, y a tantos padres?; no obstante, hay que hacerlo para lograr paz.

Hasta que no aceptemos la realidad, no comenzamos bien; y parece que la vida necesita de esas circunstancias, para poder desarrollarse como el Señor lo espera.

Mientras hablamos de ese modo, con los hijos y los padres, y ellos se cuestionan, se rebelan y hablan de la injusticia, igual la gracia les va llegando.

Sus vidas, hasta que no acepten su realidad, no pueden vivir los cambios; justamente, todo comienza luego de la guerra por la aceptación de su propia realidad, que les llevó por los caminos muy tristes.

¿Cómo hablar del Padre que es bueno, cuando su vida parece decir otra cosa, y ven todo lo contrario?

Sin embargo, hay que hablar; si nuestro corazón está lleno de paz, de comprensión, y guarda la Imagen del Padre, poco a poco, el Señor llega y ellos lentamente, van descubriendo a su Padre verdadero.

Al llegar a ver a su Padre, tendrán su Imagen aún mejor que la nuestra; luego de pasar por lo que pasaron, sus vidas la recobran aún más, y se reconstruye de un modo misterioso; no obstante, suelen pasar mucho tiempo, antes de lograrlo.

Entonces sus vidas hallan la reconciliación; y se reconcilian con sus padres y los padres con sus hijos; sería una gracia del Señor; no se reprocharían ni sufrirían más por el pasado, por más que la vida dejase sus huellas.

Las huellas serían testigos de otro tiempo; y el otro tiempo estaría superado, pues serviría por la vida tan distinta.

2. EL HIJO

Cuando el hijo se halla con el Padre, en su Rostro comienza a descubrirse a sí mismo; empieza a mirar como si viese su cara y su corazón, pero desde su Padre; así crece la imagen del hijo y, al crecer, aún vuelve la Imagen del Padre; en ese camino de ida y vuelta, seguirá resurgiendo la vida del hijo.

a. LA OVEJA PERDIDA

Es tan importante que resguardemos en el corazón la Imagen del Padre, que viene a estar con sus hijos, en los caminos de una vida frecuentemente, complicados.

Si es que buscamos la verdadera Imagen del Padre, la misma vida es la que le puede dar la transparencia u oscurecerla; es que nuestra vida habla por sí misma, y los que caminan a la par de nosotros, lo pueden ver; si no lo ven, es porque aún no lo transmitimos con mucha claridad, o es que ellos se quedan ennegrecidos y no lo perciben.

La transparencia del Padre promueve los cambios en la vida, diría casi no imaginables; en esa Imagen, la vida empieza a reencontrarse, a la vez, se va transformando en sus raíces; es como con todas las cosas, pues los cambios llevan su tiempo, y la transformación se gesta en medio de un largo camino.

A esa claridad del Padre la tenía Jesús.

Supongo que aquellos que estaban con Él, se quedaban muy impactados por su modo de hablar del Padre, y por la ternura que lo unía a su Padre en el Cielo, tan presente en su vida; y con sólo transmitirla, iban cambiando las vidas de aquellos que lo escuchaban; con tan sólo sentir luz y la bondad del Padre, la vida comienza a cambiar en su profundidad.

En la parábola de la oveja perdida, el Padre ya no se permite

esperar a que vuelva su hijo; esta vez, sale a buscarlo, porque no quiere que muera herido en medio de las piedras, ni que los animales feroces lo destrocen; aquí, la Imagen del Padre es como si creciese más aún; hasta envía a su Hijo que deja a las noventa y nueve ovejas, las que no están en peligro, y sale a buscar a la perdida.

¡Qué grande es el Señor en la vida del hombre!

El Señor ya no espera, sino que busca de veras; si despierta el corazón y se hace presente en los deseos más profundos, a la vez, sale al encuentro cuando nosotros aún heridos, apenas nos limitamos a esperar alguna salvación que nos toque.

La decisión viene del corazón, no obstante, las circunstancias nos impiden volver al Señor; entonces Él se empeña a que alguien esté de su parte, para socorrernos.

En cuantas situaciones de la vida, nos damos cuenta de que Él nos envía al hermano; y sería que el mismo Señor viene a nosotros.

Con este espíritu, salimos a buscar a los hermanos; pues, les llevamos la gracia para los hijos.

Ya no es uno sólo entre los cien, hay muchos; el Padre nos compromete a que los busquemos en su Nombre.

La gracia de ir buscando a los hijos perdidos del Padre, nace en el corazón encontrado, agradecido al Señor.

En nuestra vida, hubo tiempos, cuando el Padre nos buscaba; y si no lo hiciese, ¿a dónde llegaría nuestra vida?

Hoy, agradecidos, queremos devolver lo poco de lo grande que hemos recibido.

Si algún día, el Señor nos hace sentir la gracia, porque uno de los hermanos vuelve al Padre, y es porque fuimos a buscarlo, ese día será fiesta para nosotros y para el hijo

encontrado; con estos sentimientos y este modo de pensar, voy viviendo mis días delante del Señor.

b. LA DRACMA

La dracma cayó al suelo, se escondió en la oscuridad; allí llega poca luz, por eso, nos cuesta encontrarla.

Pero es la dracma que vale; hay que buscarla; no se pierde el tiempo, tan sólo hay que buscarla.

Y el hombre, ¿cuánto vale delante del Señor?

Jesús nos inspira ver el verdadero valor de la Creación; y no es ése que hemos tenido en cuenta, ni lo que siente el corazón limitado; por un tiempo, hay que creer a Jesús, casi a ciegas, hasta que renazca en los corazones la estima de la vida; entonces sí, lucharemos por ella, y la buscaremos a cualquier precio.

La Palabra de Jesús, tan plena del valor del Padre, llega a los corazones y los despierta.

¿Cuánto vale la vida y qué precio tiene?; sólo los que están con el Señor en sus corazones, la saben valorar bien; y si aún descubren a Él, en las vidas de los hermanos, qué distinta será su mirada y su modo de hablar, y de actuar.

Hablamos del hombre, el hijo creado a la Imagen del Padre; si sólo hablamos, ¿qué vale nuestra palabra?

El Padre llega a los hijos, que se despiertan y descubren en sus corazones lo que Él había creado desde siempre; allí, está su Imagen que les hace renacer, en ese tiempo oscuro.

El hijo vuelve a la casa, porque su corazón se despierta.

Nace el hijo del Padre, y lo fue desde siempre.

La dracma siempre ha sido dracma, pero encuentra su valor, mientras la toca la mano; y levantada del suelo, descubre su

sentido; hay felicidad, hay fiesta.

¡Cuánta fiesta mientras la vida halla su sentido!; es la misma de antes, pero ahora sale a la luz, y el Padre la ilumina con su presencia.

¿Cuál es la misión de los cristianos en el mundo?; es que me pregunto muchas veces, y aún sigo buscando.

¡Tantas vidas en medio de la oscuridad, y el Señor no quiere que se pierda ni una sola!; entonces, ¿cuál es la misión de los cristianos?

Pues, si la intuimos, ya no debemos cansarnos de buscar dracmas; y el Señor nos llama en esta hora.

La misión es estar por tantas vidas donde el Señor nos pone; es ser pacientes, y no dejarnos vencer e insistir hasta el fin. Antes, debemos sentirnos hallados por el Señor, pues sin esa vivencia, no sabemos llegar a los hermanos.

Al no guardar la luz en nuestro interior, los buscamos sin fe ni convicción, tan sólo para cumplir con el Señor.

Hasta que no hallemos el verdadero valor de la vida, aún no sabemos apreciar al Señor en nosotros; y no tenemos con qué salir a los hermanos, porque se busca lo que se valora, y lo que tiene importancia.

¿Cuánto vale la vida, si el Señor está en nosotros?

¡Qué pregunta!; sin embargo, hay que hacerla.

El precio de la vida está en el Señor; entonces, hasta una vida oscura y triste, si descubre al Señor en sí misma, tiene otro valor; es como con las vivencias que, con el tiempo, quedan como cubiertas de polvo y se oxidan; si el polvo penetra el interior, las debilidades siguen destruyéndolo, no obstante, hay que llegar a la raíz del Señor en lo más profundo de la existencia humana, donde Él está presente; y es el Valor de nuestra vida.

En fin, mientras vamos encontrando la presencia del Señor, empezamos a respetarla en medio de nosotros; de hecho, la vida empieza a ordenarse y Él, enfrenta las debilidades, una por una, hasta que logre transformarlas; y la vida se proyecta como fiesta y felicidad.

Al ver al Señor en los hermanos, todas las vidas se muestran diferentes; y ellas empiezan a presentirlo, y a fortalecer su fe en Él, en medio de sus vidas.

Él es el camino de los cambios, no hay otro; se inicia, porque nuestro corazón ve al Señor, en los hermanos; es como crear su Presencia en ellos, mientras la vida comienza a resucitar.

3. TEN PIEDAD DE MÍ

Es una de las oraciones más apreciadas en la espiritualidad; y tiene su fundamento en el Evangelio.

Tan sólo hay que lograr descubrir el sentido de esa oración inspirada, y que el corazón se deje llevar por la gracia, pues el mismo Señor nos lleva por el camino.

a. LA VERDADERA EXPECTATIVA

Si Jesús nos pregunta por lo que deseáramos que haga por nosotros, no sé si tenemos la respuesta para poder decírsela; entonces, ¿qué es lo que esperamos de Él?

Los encuentros en el Evangelio surgen de las urgencias, aún en medio de la desesperación; los que se acercan a Jesús, no siempre piden lo que realmente necesitan; aún suelen buscar lo que ellos consideran importante.

Así nacen los encuentros que nos pueden llevar lejos, o nos dejan con el primer impulso, y casi sin respuesta de parte del Señor.

Cuando los niños piden a sus padres, es una señal de buenas relaciones; los hijos recibirán lo que necesitan, no siempre lo que piden; y en ese camino se abren a la vida.

Aún, podríamos presentarnos delante del Señor; por eso, la oración y el pedido tienen importancia; nos ponen en el lugar que nos corresponde en medio de las dependencias.

Los que se acercan sinceramente a Jesús, de antemano, saben por qué vienen; aún, si Él no les preguntase, le dirían igual; esa realidad da el comienzo en la obra del Señor, pues vienen con fe de que Jesús puede ayudarles.

Hay cierta expectativa; ellos de veras, esperan de Jesús.

Porque aquellos que no esperan nada, no reciben, en algún sentido, Él no les puede ayudar.

Y Él busca la fe, un clima apropiado para obrar en sus vidas, tan necesario para ver y comprender su obra.

Los que vienen, ya tienen esa expectativa; si es que antes no habían visto a Jesús, por lo menos, alguien les hablaba de su propia experiencia; y eso es suficiente para buscarlo, por las circunstancias de la vida, por el dolor, la pena y las culpas. La expectativa se presta para empezar; y luego, Jesús sigue abriendo los corazones; así pueden vivenciar lo que buscan, lo que sueñan y más aún.

¿Cómo llega Jesús al corazón humano, aún en medio de la enfermedad, de la angustia y del sufrimiento?; es porque Él transmite paz; es la presencia del Señor y el amor, que entra como entre las grietas de la tierra quebrada.

La realidad empieza a revivir, en el camino que por la gracia se proyecta comprensible, pues Jesús la hace resurgir; no tan sólo devuelve la salud, sino que permite ver a la realidad mucho más profunda, con la paz que despierta la confianza, la aceptación.

Su obra supera al hombre, a sus expectativas, sus esperanzas; todos reciben más de lo que piden, si están abiertos para ver y recibir.

Él manifiesta poco a poco, lo que pueden esperar de Él; abre los ojos para la obra del Señor en la vida; no quiere dar falsas expectativas sin fundamentos; siempre abre a lo verdadero, mientras despierta el interior; quiere que el corazón intuya lo que podría esperar de Jesús, no obstante, aún sorprende, pues obra más allá de la comprensión.

Me quedan las preguntas: ¿cuál es nuestra experiencia con Jesús?; ¿en qué momento nos acercamos a Él, y qué es lo

que le pedimos en aquel entonces?

¿Ya recibimos lo que le pedimos a Él, o aún más, de lo que esperábamos?; ¿cómo Jesús nos iba llevando para ver lo que tenía importancia para nosotros, y cómo preparaba nuestro corazón?; ahora, al poder crecer en la obra del Señor, ¿qué es lo que seguimos esperando de Jesús?

b. DE LA ORACION RESURGE LA VIDA

La oración "Señor, ten piedad de mí" nace en los corazones que, sinceramente, ya no saben decir otra palabra; y tan sólo ésa les sale de su interior afligido, desesperado, en medio de toda la esperanza puesta en Jesús.

Quizás, luego de recorrer por distintos caminos, aún después del tiempo de no dar importancia a las cosas que pasaban, en medio de las vivencias que nos pesan, empezamos a buscar la salvación; es ésa que nos viene aún, cuando nos quedamos como entregados; no obstante, una luz nos lleva a Jesús, para esperar su ayuda.

En lo más profundo del corazón urge la necesidad, cuando la vida se pone triste y los problemas cada vez más graves; y no queremos quedarnos en medio de la muerte, sino más bien, intentamos salir; como no sabemos lograrlo, aún crecen la desesperación y la urgencia; en ese estado, el tiempo urge y aún desespera y Jesús, como si estuviese esperando; es como si ésa fuese su hora.

Es como con las cosas que buscamos apurados; cuando más nos desesperamos, nos llevan más tiempo; y solemos estar al lado de ellas y no las vemos, pues el apuro nos enceguece; la oración "ten piedad de mí, Señor" es para el tiempo de las crisis, para ir llenándolos con el Señor puro; no obstante, al orar, los cambios no vienen aún; si nos desesperamos, apenas recibimos un poco de paz; parece que nada más, sólo eso, un

poco de paz en nuestra vida.

La oración "Señor, ten piedad de mí" va a llenar el tiempo de la desesperación; cuando aún no nos salen otras palabras, podemos decirla o sólo la palabra Jesús, pues, si está dicha con mucha fe y con el corazón, cuántas cosas van a cambiar; pero es difícil ver ahora, los cambios que esperamos; por el momento, apenas sentimos un alivio, es como una tregua en la lucha que persiste.

En muchas oportunidades, Jesús toca de un modo profundo las vidas que se desesperan; su paz es muy fuerte para esos instantes, responde a la fe, a las expectativas; no obstante, al camino del dolor, en medio de la transformación que viene de Jesús, hay que vivirlo en ese tiempo; hay que enfrentarse con la realidad; y no es sólo una vivencia del momento, sino que es mucho más.

Entonces, la oración continua y ya no termina con su primer impulso; y debe acompañar los cambios, llevar luz en medio de una realidad oscura; aún más oscura de la que teníamos en cuenta, cuando estuvimos desesperados.

Luego del primer impacto ante Jesús, aún viene el tiempo de recuperarnos, si es que hemos iniciado con Él, ese camino, mientras Él asume la realidad; no obstante, en las situaciones cuando nos parece que sólo confiamos en Él, aún no estamos dispuestos a entregarle todo en sus manos; y hay que esperar para poder ver lo que nos pasa.

Pensemos en el enfermo que corre al médico, en el alivio que le da la curación, también, en el camino que hace después; cuánta paciencia, por cuánto tiempo.

Si el enfermo orase en ese tiempo, todo sería más calmo, más claro, menos doloroso; a la vez, se solucionarían muchos de sus problemas en su interior.

La oración calma al espíritu; también lo predispone para ir enfrentando la realidad; pues, si el Señor llega, toda la vida se salva; pero llevará su tiempo.

Hubo muchos que aprendieron con la oración "ten piedad de mí, Señor"; quizás, comenzaban a orar, cuando sus vidas les exigían; con el tiempo, veían que la oración iba cambiando sus vidas; algunos se quedaron con el primer impulso, otros siguen orando, al ver cómo esa oración los va transformando; en realidad, les hace resurgir siempre desde el Señor.

La vida nos enseña que no bien comenzamos a actuar desde nosotros, en algo, vamos a complicarnos; por eso, queremos volver al Señor cuanto antes; y algún día, la oración; "Señor ten piedad de mí!" nos hará entrar en el verdadero ritmo del corazón, para ir naciendo del Señor; aún no sé cuánto tiempo precisamos para estar conscientes con Él, en nuestro corazón, pero sé que esa oración es muy eficiente.

Aún suelo decir que, en algunos centros de la búsqueda, se enseña sólo esa oración, intuyendo la inspiración de Él, para cada paso que queda por hacer; quien lograr orarla y sentirla en su corazón, verá los cambios que le vienen del Señor; es que los buenos cambios pasan por el corazón, y los otros sólo ilusionan.

4. EL HERMANO.

a. EL PERDÓN

Jesús habla del perdón y trata de la deuda delante del Señor; aún dice que la solución de la misma viene de los Cielos. Quizás, luego de buscar soluciones, logramos entender que la manera de vivir es que el Señor nos perdone la deuda.

El perdón de la deuda, que nos viene del Señor, puede iniciar el camino de los cambios, siempre y cuando nos llegue muy hondo; sin embargo, nos cuesta vivir el perdón y creer que el Señor nos perdona; el estado de culpa suele ser tan fuerte que nos ahoga y nos desespera; entonces, ¡qué fuerte debe ser la gracia que aún podría iniciar el movimiento del perdón en nuestro corazón!

Porque llegamos a ciertas vivencias que ni siquiera creemos que el Señor pueda perdonarnos, pues la vida nos enreda, nos tuerce por dentro, aún da muchas idas y vueltas. Llegamos a un estado de culpas y de esclavitudes, y tan sólo nos quedamos llenos de pena, de tristezas y de impotencia; ¿y quién nos sacará del pozo, si no es el mismo Señor? Sin embargo, nos cuesta creer que Él nos salva.

El perdón es como un rayo que llega del cielo, en el tiempo de la ceguera, de impotencia, de angustia; es tan fuerte que la vida toma otro brillo, otra luz; nuestra tierra, de repente, se torna iluminada, casi asustada frente a lo que pasa. ¡Cuánto cambio puede iniciar la luz que llega de sorpresa!

Justamente en el perdón, la vida recibe luz de los Cielos; no es merecida, casi no es anunciada, tan sólo llega. ¿Hemos vivenciado, alguna vez, esa gracia?; pues, si no la vivimos, ¿qué podemos decir?; ¿y aún, cómo convencer a los

hermanos que la esperan?

Es un momento sagrado; mientras la gracia nos toca, aún hay alguien que la anuncia; pero la gracia viene de los Cielos.

De repente, se derrumban las vivencias; y no es que todo sea claro para siempre, ni que ya no volvamos a lo que habíamos vivido y sufrido, pero hay un inicio de lo nuevo; luego, hay que hacer el camino que exige nuestra vida, para enfrentar la realidad, con el Señor en medio de nosotros.

Como el dolor y la crisis han sido fuertes, y dejan su huella, se nos prende la luz; de repente, el Señor está bien seguro en nuestra vida, pero los problemas aún siguen y quizás, aún más claramente frente a la luz.

¿Qué camino, entonces, tomará nuestra vida?

Sería el tiempo de la luz que entra en la vida.

Si en el principio, la luz nos enciende y por un tiempo, nos sentimos aliviados, y casi nos olvidamos del dolor y la pena, luego todo aparece aún, pero de un modo distinto, siempre y cuando el Señor sea grande, y no se nos retire de la vida; no obstante, es difícil mantener la primera vivencia, el primer paso de la gracia y aún, guardar al Señor en medio de la vida.

Es por eso que vuelven las culpas y penas, y cierto estado de confusión; pues, hemos experimentado un impacto de gracia, de luz, hemos sentido el perdón, a la vez, aparece la culpa, la angustia, el cuestionamiento de antes; es porque se necesita pasar por esta clase de vivencias, hasta lograr un fin; y no es fácil comprenderlo.

En medio de la confusión, del dolor y las penas, en el camino de enfrentar la vida con lo que ella es; aún en un tiempo muy prolongado, se va gestando lo nuevo que asume la realidad; entramos en el camino de la transformación que puede ser

grande, como una obra del Señor cada vez más presente.

A la oración: "borra nuestras culpas, Señor", la deberíamos practicarla con frecuencia, porque la vida, aún se queda con sus vivencias anteriores, aún luego de que el Señor borre la culpa; ¿y cuánto tiempo hay que orar, hasta que logremos vivenciar el perdón?; creo que mucho tiempo; es lo que aún debemos entender para no desesperarnos; y la desesperación podría confundirnos más aún.

Aquellos que rezaban: "Señor, ten piedad", aún lo hacían sin cesar, frente a las olas de las culpas y de las penas; y seguían orando, mientras la oración les sostenía; con el tiempo, veían que el Señor enfrentaba sus vivencias o por lo menos, sentían cómo se calmaban en su interior; es que eran tan fuertes las tormentas que volvían con mucha frecuencia; pero nacía la esperanza de que el cielo llegara a ser azul.

Con el tiempo, el Señor nos va dando luz para comprender la debilidad que ha sido fuerte; aún nos hace ver por qué hemos llegado a la misma; al ver las causas por dentro de nuestro ser, nos hace comprender mejor la vida, para que el perdón sea aún más profundo; algún día, dejamos de reprocharnos, al ver que el Señor nos ha perdonado y, con su luz, aún nos comprendemos mejor; la comprensión que viene del Señor, es parte del perdón; es su gracia que, al entrar en nosotros, empieza a promovernos en la profundidad del corazón; así el Señor nos inspira para que nos perdonemos; pero todo lleva mucho tiempo.

Toda la vida será la gracia y más aún, la parte que nos hizo sufrir; pues, el Señor no sólo nos salva, sino que aparece con la luz que nos hace resurgir en medio de las debilidades. Entonces, nuestra vida recupera su brillo, su alegría; en fin, después de tanto tiempo, Señor, podemos vivirlo.

b. NO SUPO PERDONAR AL HERMANO

El Evangelio describe un drama que tendrá consecuencias; la vida, luego de verse reconciliada, vuelve a lo de antes; es que no sabe perdonar al hermano.

Jesús quiere unir el perdón en una sola pieza; el perdón del Señor pasa por nuestro corazón, y se abre hacia el hermano que nos había ofendido; porque la gracia envuelve todo.

El problema está en las raíces del perdón; quien lo ha vivido de verdad, perdonará a su hermano; y es que el perdón nos debe tocar muy hondo; no siempre, lo que llamamos perdón, es vivenciarlo de veras; quizás, nos llevamos por la ilusión que nos traiciona.

En el perdón a los hermanos, nace la certeza de que la gracia ha tocado profundamente nuestro corazón; y no es apenas un aviso de los cielos.

El perdón debe penetrar a la mente, al corazón y al espíritu, y tocar a la realidad plenamente; en algún momento, vemos que el perdón del Señor llega a nuestro espíritu, de modo, que sentimos que nos perdonamos; nuestra mente y nuestro corazón asumen libremente el perdón como lo propio que nos viene del Señor.

Comúnmente eso pasa, cuando la vida se comprende aún en medio de las debilidades que nos hundían; la vida ha logrado su propio crecimiento, y las debilidades están incluidas en el camino, y son como si se hiciesen una gracia del Señor.

¿Cuánto tiempo necesitamos para poder asumir las culpas de un modo, que aún damos gracias al Señor por lo que hemos vivido?; entonces, empezamos a hablar de la feliz culpa.

Hasta que no logremos comprender la vida, con las culpas y las reconciliaciones, aún nos falta luz para comprender a los

hermanos; entonces, la actitud frente a ellos, va a ser injusta, violenta y dura, intransigente e intolerante, sin el corazón; es porque el Señor aún no ha penetrado nuestro corazón, para que nos abriésemos hacia ellos.

El perdón para los hermanos, es el mismo que el Señor nos brinda; debe ser incondicional para dar la libertad a la obra del Señor, que inicia la misma gracia, esta vez, en el corazón del hermano; si él lo busca y lo intuye.

Muchas de las vivencias que no perdonamos a los hermanos, tienen un trasfondo en nuestro corazón; si, a veces, el Señor prende luz por algunos instantes, es para ayudarnos a ver; no obstante, nos cuesta reconocer la realidad, y que la causa está en nosotros; pero aún podría ser el anuncio de una nueva obra del Señor en nuestra vida.

Si nos cuesta perdonar a los hermanos, lo debemos asumir humildemente, mientras crece nuestro corazón; pues el Señor sigue obrando; aún, vivimos los cambios en nuestro interior; en fin, llegará el día del perdón, si es que lo esperamos; pero por hoy, nos queda orar por nosotros y por los hermanos.

Nos queda orar en ese tiempo, hasta que la gracia del perdón se haga transparente, y que nazca libremente en el corazón; algún día, nuestro corazón se abre; recién entonces, sentimos la libertad y la felicidad.

La oración debe acompañarnos, mientras seguimos creciendo en el perdón a los hermanos, para poder ofrecernos desde los corazones plenos del Señor; en fin, la vida podría ser como un río que lleva el perdón del mismo Señor.

B. 5. SÓLO LA MISERICORDIA DEL SEÑOR SALVA NUESTRAS VIDAS.

a. EL MUNDO Y LA OBRA DEL SEÑOR

¿Qué pensar en el mundo donde se pierden los valores, la fe, la seguridad?; ¿qué hacer ante las vidas que no resguardan aspiraciones, ni les interesa luchar por los cambios? Tantas vidas se quedan como en un pozo, sólo esperando; ¿y qué es lo que esperan, si es que lo hacen?

Vivimos en el mundo de muchas vidas quebradas; muchas de ellas están como perdidas entre las drogas, la violencia y el sexo, en un espacio sin rumbo, sin saber hacia dónde ir; y a veces, tan sólo respetan el momento, porque ya no saben qué hacer.

¿Qué futuro para esas vidas apagadas y quebradas? Sabemos explicar los motivos y causas, y eso nos sirve para afligirnos más aún, en el camino casi sin esperanzas. La realidad del mundo es muy compleja, diría cada vez más desesperante; y lo expreso con el dolor de mi alma, por las vidas que se pierden cada día y otras, se hunden más aún.

Ya es un ciclo acelerado; nos esforzamos por salvar algunas vidas, mientras que otras se hunden; si es que lo logramos aún, frente al fuego que nos destroza; sin embargo, hay que seguir luchando por la vida en medio de tantas muertes que se vienen.

La realidad se pone triste; el mundo es oscuro, y las vidas se proyectan más tristes aún.

El tiempo es como un viento que lleva por ese camino; si aún prevenimos algunas situaciones que pueden venir, la realidad nos sorprende más aún; lo que viene es desesperante; y es lo

que vivo en mi corazón, que tiene que ver con las vidas de tantos hermanos míos.

Todo tiene sus causas, es consecuencia de las vivencias. No hay cosas que vienen por casualidad; si vienen, es porque están en medio de un movimiento; hay fuerzas que llevan por ese camino, casi apuran, creciendo día tras día. ¿Quién podría frenar ese movimiento?; hasta nos cuesta creer que sea posible frenarlo, a pesar de la fe en el Señor.

La vida es muy compleja; ¿y nosotros? Nos acostumbramos a esperar algún cambio, o alguna clase de cambios, cuando la realidad parece estar más allá de los cálculos y de las expectativas. Si nuestro corazón es muy pequeño, sabe limitar más aún, a la perspectiva de la obra que podría venir del Señor; nos falta creer en un cambio que llegase de Él.

En el Proyecto del Señor, parece que la realidad no da vuelta hacia atrás, sino más bien, sigue su rumbo; es como el agua que se va yendo. Pero en ella, entra el Señor y la transforma en un río, según sus principios, sorprendiéndonos; mientras los hombres aún guardan su visión, Él sigue salvando a la humanidad.

¿Cómo vemos la obra del Señor en el mundo? Seguramente, cuando la problemática es muy grave, la gracia de la salvación podría ser más transparente; sin embargo, es para aquellos que ven y que quieren ver. La obra de la salvación es más clara, mientras el mundo está perdido; no es que el Señor esperase ese momento, sino que es la hora para que el hombre le permita actuar. Entonces, Él obra plenamente.

Mientras Él obra, aún hay que esperar; pues, su obra es como

iniciar la siembra de la gracia en nuestra vida.
Luego, las semillas brotan y crecen en ese tiempo, al vencer la realidad tan compleja, para poder transformarla.
Pero, ¿quién podría comprender esa visión?
¿Quién podría ayudar a los hermanos, para que la viesen en sus vidas, cuando llegue ese tiempo?
Sólo los que han vivido la obra del Señor en su propia vida.

b. LA PAZ Y LA MISERICORDIA

¿Qué es la paz que Jesús trae al mundo?; es la presencia del Señor en nuestra vida.
A veces, hablamos de la paz y no hablamos de Él; la paz nos lleva al Señor; y si Él entra en la vida, entonces, la misma comienza a encontrarse.

Al transmitir paz a los hermanos, es como compartir al Señor con ellos; es más que entregarles el pan de cada día.
La paz los sostiene para que se afiance la vida del Señor; y si la vida nace en medio de las tormentas, la paz las enfrenta; no sólo las calma, sino más bien, las transforma en medio del crecimiento que viene del Señor.

La paz es el primer paso; es la gracia que puede ser recibida o rechazada; en ciertas circunstancias, es como si el Señor no pudiese entrar en la vida de los hermanos; aún se supone que llevamos paz, somos conscientes de que nuestra vida se hace como una corriente de la paz del Señor.
Mientras ellos la reciben, hay que seguir alimentándolos con el Señor; entonces, la vida se abre con lo que es, cada vez más en el espíritu; y es el Señor que la sigue abriendo.
Pero, ¿quién lo ve?; pues hay que verlo para poder ayudar a los hermanos, aún comprenderlos, para que ellos comiencen a comprenderse en medio de la gracia del Señor.

¿Qué es el Amor del Señor?; quizás, quisiese definirlo como el principio de la armonía; y es el amor que debe llegar a lo más profundo del corazón; entonces, nace en el Señor.

¿Qué camino recorre el corazón para llegar al hermano con lo que es, con lo que vive y vibra?; siempre y cuando nuestro amor esté sano como el agua, no confundido con la debilidad ni las ansiedades que perturban.

¿Qué camino debe hacer nuestro corazón, esperando a que el hermano nos comprenda, para poder responder como puede hacerlo en esas circunstancias de la vida?; porque llegamos a esos cambios que se entienden, mientras el corazón lleva el amor o, por lo menos, el presentimiento de lo que podría ser el amor del Señor en nuestra vida.

El amor, si es que encuentra cierta madurez, se abre hacia los hermanos; es la gracia que les llega, y si responden al Señor, inician un nuevo camino.

Entonces, ¿qué decir del camino de las transformaciones que Jesús nos ofrece?; los que lo recorren y aún llegan donde Él quiere que lleguen, comprenden la vida y la felicidad; no es un camino fácil ni libre de luchas, ni de confusiones, ni del dolor.

Los que llevan el amor del Señor, comprenden el camino de sus hermanos, sus luchas y su dolor; y aún, que los hermanos esperan la seguridad, mucha paciencia; en caso contrario, no soportarían el tiempo de la crisis o se confundirían con los confundidos; porque la vida es misteriosa aún en medio de las debilidades y las confusiones.

¿Y qué es la comprensión de la vida?

Es la luz del Señor que pasa por nosotros, para llegar a los hermanos; tanto la paz como el amor y la luz, son señales de la presencia del Señor; así, Él sigue manifestándose.

Su luz pasa por nuestra mente y nuestro corazón, y llega a los hermanos; podría llegar de manera transparente, o la realidad la trastorne de modo, que ellos no reciben nada de la luz. Es esta luz que nos hace ver la vida de los hermanos, pero sin juzgarlos ni condenarlos; es la fuerza que nos libera del juicio, de la condena; es mirar la vida con los ojos del Señor; y si es así, los hermanos lo perciben.

Qué impactante es no sentirse juzgado ni condenado y, a la vez, verse contemplado con el amor y la comprensión; pues, la vida tiene sus porqués que la iban llevando, aún con tanto dolor y tantas penas; ahora, hay que verlo y sufrirlo con el hermano; esa mirada sana aún podría comenzar el verdadero cambio; si es que hay que esperar, llegará el día para vivirlo de verdad.

Es el camino de la misericordia que pasa por nuestras vidas, para abrirse hacia los hermanos; si el Señor se abre con su misericordia muy hondo en nosotros, su gracia se proyecta cada vez más grande en la vida de los hermanos; aún, nuestra vida recupera la fuerza del Señor, para llegar a ellos.

6. ES LA OBRA DEL ESPIRÍTU SANTO EN NUESTROS TIEMPOS.

a. EN ESTE MUNDO ME PONE JESÚS

El mundo está pleno de desgracias, del dolor.
Con el dolor sigue conviviendo; lo vemos creciendo día tras día, en el camino pareciese sin retorno.
La vida se muestra complicada; los conflictos se presentan casi insuperables; ¿y qué pasará?

En realidad, vamos caminando de mal en peor.
Si buscamos soluciones, apenas hacemos pequeños arreglos; si luchamos por la vida, ni siquiera sostenemos nuestro paso; en fin, hay que llevarla y luchar por ella a cualquier precio, pero la lucha se nos torna cada vez más penosa.

¿Por qué la vida de hoy, se ha complicado tanto?
Es un misterio para el hombre, quien intenta comprender su propia realidad; se pregunta por su estadía en la tierra; como comprende tan poco, se pregunta más aún, por su vida, por el sentido.

Todas las vidas están en medio del gran movimiento de los cielos; apenas intuimos el proyecto, presentimos que estamos por lo que es muy grande; no comprendemos los aciertos ni los fracasos; nos cuesta comprender el dolor y las luchas, los engaños y las culpas, porque están más allá del hombre y de sus cálculos.

Asumir a cada vida, y que ella tiene sentido en el lugar donde sigue luchando, aún más allá de los logros y de los fracasos, y verla aún más allá de los juicios y de las condenas, es mirar lejos en medio del misterio de la vida, es buscar luz.
El Señor contempla la vida en todos sus instantes, aún, con

la mirada desde siempre, que la proyecta.

Debemos acostumbrarnos a ver a tantas vidas fracasadas, que parecen sin salida, y lograr ver el sufrimiento y la desgracia, a pesar del dolor y de las penas que nos perforan por dentro; es el mundo que camina a la par de nosotros, es la parte muy compenetrada con nuestra vida; mientras compartimos esta realidad, lo mucho que podemos decir es que llevamos al Señor en medio de la vida; y los hermanos también lo llevan, por más que sus vidas estuviesen lejos de lo que deseásemos por ellos.

Jesús habló de la cruz de los hermanos que apenas podían seguirle; Él conocía bien la realidad humana; sabía de la vida mejor que nadie, y sufría por cada uno de nosotros. Quizás, por eso, su mirada estaba plena de silencios; a la vez, llegaba al corazón desencontrado.

¿Cómo caminar en el mundo, si lo único que podemos hacer, es sufrir y compartir el dolor con dignidad?
Si el Señor está en la vida y aún nos sostiene; ¿cómo ver el mundo que sigue hundiéndose?
Mientras el mundo nos enfrenta, y nos confunde en medio de sus caminos casi sin retorno, ¿cómo caminar?

En este mundo nos pone Jesús; no quiere que estemos lejos del dolor ni de la desgracia, sino más bien, Él acepta que la desgracia nos duela y llegue a nuestro corazón.
Debemos compartir el dolor del mundo, en su profundidad; si nos cuesta y nos confunde, Jesús obra más allá de nuestro modo de ver y de comprender, aún tan limitado, cuando no vemos su obra en los hermanos.

¡A cuánta fuerza necesito, para estar en el camino marcado por Jesús!

Muchas veces, prefería huir, por mis miedos, inseguridades y confusiones; pero hoy, quiero estar con Él.

Empiezo a ver que todo lo que he vivido, necesita pasar por mi corazón; de este modo, Jesús sigue salvando las vidas de mis hermanos; ya comienzo a verlo agradecido.

b. LA CONVERSIÓN

¿Qué significa la palabra conversión para la gente que vive en el mundo?; si es que dice mucho, pues se la ve como un cambio radical en la vida, es verdad que no todos logran el cambio ni saben abandonar actitudes que les destrozan; es que la vida está afirmada en su debilidad, de modo, que le cuesta creer en algún cambio, mientras el Señor obra con mucha luz.

Recuerdo a un alcohólico, ya hace años que sigue tomando; si hoy sufre, es porque no tiene fuerzas; se ve dominado por su debilidad; aún tiene fe, y ora con confianza como un niño. El médico le dice que haga lo que pueda, porque si deja de tomar, su mente se trastorna, ya no puede soportar el tiempo de tregua; pero, ¿cómo hablarle de la conversión?; y su fe es tan fuerte.

Podría seguir hablando de los hermanos; hay tantos con sus debilidades en medio de sus penurias; viven sus gehenas, aún lloran luchando; quiero hablarles del Señor, por más que se queden como hipnotizados en los caminos; es que no quiero condenar a ninguno de ellos; aún sigo llorando con ellos, en medio de su dolor, amándolos más aún, por las debilidades que llevan; pues, la cruz está tan pesada.

La conversión es volver al Señor; es buscarlo más allá de la pobreza y de la debilidad que nos humillan; a los que se ven abandonados, perdidos y humillados, juzgados y rechazados,

les quiero hablar del Señor en medio de sus vidas plenas del misterio; porque si Él llega, y ellos se convencen que está en sus vidas, es distinta su realidad.

Aún, les cuesta tanto creer que el Señor está en sus vidas.

¡A cuánta fuerza hay que vivir en el corazón, para hablar del Señor, con certeza, en la vida de los hermanos, que parecen perdidos!; y hay que estar seguro de que Él está en sus vidas; porque la misma convicción nos hará hablar, para que ellos nos comprendan; ellos nos creerán, a pesar de que les cueste vencer sus prejuicios, sus miedos y sus culpas.

¡A cuánta fuerza del Señor hay que vivir, para poder hablar de Él, presente en la vida de nuestros hermanos!

Ante todo, hay que estar convencido de que el Señor está en las vidas, aún más allá de las debilidades; pues su presencia es como si adelantase a la realidad; y no es que nosotros le abramos paso para que venga, sino más bien, Él toca nuestra vida con su presencia y su ternura; es el único modo para que cambiemos de veras.

Si abandonásemos nuestra actitud, pero sin vivir el cambio interior, la vida quedaría esclavizada, enferma, perdida como antes; porque al tomar la decisión del cambio, el interior aún sigue gimiendo.

Es que aún, hay un largo camino en la obra del Señor; y mientras Él obra, hay que creer de veras; con esa mirada que viene del Señor, quisiese vivir por mis hermanos; no quiero juzgarlos más.

En tantos de los casos, somos testigos de la obra del Señor en la vida de los hermanos, mientras ellos apenas se levantan de la pobreza; son como un campo perdido, como una tierra sin vida; el Señor es tan grande; entonces, aún en medio de un mundo muy desgastado, comienza el nuevo nacimiento.

Pero, ¿cuánto tiempo, para transformar la realidad humana en una nueva obra del Señor?

Solemos hablar de la primavera, y del Espíritu. Después de un invierno cruel, la vida renace con alegría; me alegra ese tiempo, si veo los campos quemados por el frío, que inician con los brotes; son muy pequeños, pero contienen tanta fuerza; en el tiempo que viene, la vida se apresura; es la que viene del Espíritu.

El Profeta Joel nos habla de la hora del Espíritu. Quizás sería la hora que coincidiría con el tiempo de mucha desesperación, de dolor, de penas y de destrucciones; porque la primavera es entendible para los hombres, después de los inviernos; hoy, quiero hablar del Señor presente en las vidas; ya todo el pueblo, a pesar de su debilidad, está atento; quiere escuchar y saber si Él está en sus vidas; es cierto, el Espíritu del Señor sigue inundando el mundo.

7. SIERVOS DE LA MISERICORDIA.

a. CERCA DE LA CONVERSIÓN

La conversión tiene que ver con un corte, a pesar de que la debilidad rebrote por la fuerza que guarda en el espíritu; al cortar la parte exterior, se debilitan las vivencias; y mientras tanto, sentimos la lucha en el corazón; de este modo, la vida se abre, se va transformando en medio del dolor, hasta poder restablecer su dominio que se funda en el Señor.

A esas luchas las gana el Señor; pero las debemos ver, sentir, sufrir; de este modo, entendemos mejor la vida, y se nos hace más fácil reconciliarnos con el Señor y con nosotros mismos; las luchas llegan muy hondamente, nos sacuden con mucha fuerza; son experiencias de la vida, y de nuestro Señor que va venciendo nuestra realidad.

Lo que sea cortar y abandonar, y lo que hemos vivido, forma un malestar, una alerta, una desesperación; las debilidades aún escondidas, promueven ciertas actitudes; y ahora se ven amenazadas, aún enfrentadas injustamente; a la vez, la vida nos presenta como un vacío o cierta soledad; se queda como sin nada; donde hemos cortado las hierbas, se mantienen las raíces, y lo nuevo aún no viene; y la tierra queda como vacía; no vemos nada que creciese, tan sólo tierra gris, muy triste.

No es fácil aguantar ese tiempo; ¿y si nadie nos acompañase ni nos comprendiese, ni nos ayudase?; es difícil hacer solo ese camino; pero comúnmente, el Señor nos da la gracia para que alguien nos acompañe.

No obstante, aún cuando nos vemos acompañados, al camino lo hacemos nosotros e igual, aún sufrimos mucha soledad, y mucha confusión en medio del corazón.

Por mucho tiempo, es como si el Señor obrase en silencio; y la tierra está vacía; aparecen los rebrotes de lo viejo, que nos asustan y desesperan; se puede despertar algún pensamiento a que les permitamos que crezcan.

Alentados por el Señor, aún por alguien, a quien Él pone a nuestro lado, volvemos a luchar, aún sin ver al Señor ni el sentido de nuestras luchas; ¡y qué importante es ver que alguien nos acompañe, aún con la paz y la ternura, con la paciencia y la fe en un verdadero cambio!

Hay que comprender la vida, antes de empezar a acompañar al hermano; a veces, es crecer a la par de él; porque el tiempo es largo y si nos desesperamos, parece eterno; no obstante, hay que pasarlo sufriendo, aún desesperarse; es que no hay otro modo, cuando en la profundidad del corazón, se van muriendo las raíces de la vida anterior, y va resurgiendo una nueva vida que es verdadera.

Con frecuencia, se despierta un nuevo sueño impulsado por la gracia; no obstante, los arranques por un resurgimiento, aún no tienen fuerza en el interior que los sostuviese; surgen más bien, del aliento del hermano, y no del interior aún muy confundido en sus pensamientos y sentimientos.

¿Y la ansiedad?; parece más fuerte para esos días; pues, el abandono de la vida anterior nos lleva a ciertos desbordes de las ansiedades; ahora no se desenvuelven, pero tampoco se calman; como se mueven por dentro, atormentan nuestro ser; hay que comprender ese tiempo; quien no lo comprende no lo pasa, ni va a acompañar al hermano en el proceso interior; aún, para acompañarle, hay que llegar a cierta madurez y la serenidad, e ir mostrando otra clase de las fuerzas que nos sostienen.

La paz y la ternura del Señor, tienen cierta solidez interior

frente a las tormentas que pasan, tan crueles por dentro, pues todo lleva su tiempo y hay que soportarlo.

La madurez de los sentimientos y la paciencia infinita saben enfrentar ese tiempo.

Quizás, nos lleven a los abismos de la vida del hermano; es que no se le puede ayudar de lejos, como mirándolo a cierta distancia; hay que estar en el corazón de su guerra y de su tormenta.

Hay que disponer tiempos para orar, aún cuando la oración casi no nace, sino que más bien se confunde con la debilidad; pues, la oración abre el espacio para el Señor, para que se vaya afianzando su Presencia; entonces, en algún sentido, se calman las ansiedades y tormentas, ya no son tan crueles ni tan desesperantes.

b. AL SERVIR A LA MISERICORDIA

La Misericordia Divina comprende el tiempo de las luchas y de la desesperación, aún, de ciertos fracasos, en el camino de los reencuentros con la vida; y cada vida tiene su camino, sus propios conflictos; es que no hay vidas que se repitan ni hay guerras que sean iguales.

La Misericordia es una Gran Gracia, y si nos toca, es porque el Señor ha sido muy grande en nosotros.

Servir a la Misericordia, es estar en la corriente de la Gracia que pasa por un corazón compasivo; al responderle, resurge una nueva gracia; de este modo, la vida llega a la salvación; en las circunstancias donde el mundo ve a las vidas perdidas, el Señor sigue salvándolas por medio de sus servidores, con su Misericordia.

Los que luchan por la Gracia de la Misericordia, lo hacen porque la han vivido en sus corazones; por eso, sus vidas son

distintas, renovadas en el Señor, en su modo de ver, de sentir y de actuar; ahora prolongan la gracia hasta donde pueden llegar; es que su entrega es como una fuerza que nadie puede frenarla, pues nace en los corazones agradecidos al Señor.

El Señor ha sembrado su Gracia; ha llevado a los hermanos por los caminos para ver su Misericordia; aún medio de las luchas y las confusiones, llegan aquí, mientras que el Señor salva sus vidas; y ahora, le van a responder; la respuesta es clara y viene sola; los que la deben saber, la sienten en sus corazones.

La experiencia de la Gracia es más fuerte aún; ahora el Señor obra con fuerza en las vidas de los hermanos; es tan fuerte su Obra que nos asombra; en medio de las vidas halladas en Él, siembra su Paz, Seguridad y Amor.

Somos testigos de su Obra; lo que Él hace en los hermanos, por medio de nosotros, es más grande que en nuestras vidas.

A la vez, vemos las guerras y luchas; las debemos ver, sentir y aún llorar, al compartir con los hermanos el camino de las transformaciones, en sus vidas, tan sólo agradecidos al Señor por estar al lado de ellos, de parte de Él.

No tengamos miedo de las luchas que aún pasan por nuestros corazones; pues el Señor aún nos tiene por la salvación de los hermanos en esa Obra tan grande; como en el Corazón de Jesús están las guerras y confusiones de los salvados por Él, somos su parte por la vida de nuestros hermanos.

Cada hermano hallado en la Misericordia del Señor, es una nueva fuente de la Gracia frente al mundo; aún va creciendo la Hermandad que nace en el Corazón de Jesús, en el camino donde nos encontramos por su Misericordia.

El mismo Señor nos une en el camino de la gracia.
Él nos llama y nos va a guiar; no nos preocupemos por lo
que debemos hacer; Él indica nuevos pasos.
Es su obra para nuestros tiempos; en ella, el Señor ha puesto
su Espíritu.

Escuchemos nuestros corazones, lo que el Señor nos dice.
Hay grandes Palabras dichas por Él; ustedes lo saben, lo ven,
lo presienten; tan sólo escuchemos lo que el Señor nos habla
con claridad; es lo que hace desde hace mucho tiempo.

8. LA MISIÓN DE LA COMUNIDAD

Una Gran Luz desciende de los cielos, se posa en el Templo;
¿por qué en este Templo, por qué hoy?
Es la Luz que clama por la Misericordia, es grande; ¿cómo se
expandirá la Luz del Templo?

Vienen muchos a ver la Luz; ¿quién les dijo de ella?
¿No sería que los ángeles siguen llamando por todas partes?
Son muchos los que responden, y la Misericordia del Señor
transforma sus corazones; es que la gracia llega; nadie puede
oponerse al Señor en esta hora.

Del Templo sale una procesión; vestidos de blanco caminan.
¿Adónde quieren ir?; no lo sé; creo que llegan muy lejos.
Tan sólo escucho el canto, *Jesús, en ti confío*.
Sigo mirando los horizontes lejanos; ¿hasta dónde llegan los
vestidos de blanco con el canto del Señor?

Prefacio	3
A. 1. El Padre.	5
a. el hijo se fue	5
b. ¿cómo comprenderlo?	8
2. El Hijo.	11
a. la oveja perdida	11
b. la dracma	13
3. Ten piedad de mí.	17
a. la verdadera expectativa	17
b. de la oración resurge la vida	19
4. El Hermano.	23
a. el perdón	23
b. no supo perdonar al hermano	26
B. 5. Sólo la Misericordia del Señor cambia nuestras vidas.	29
a. el mundo y la obra del Señor	29
b. la paz y la misericordia	31
6. Es la obra del Espíritu Santo en nuestros tiempos.	35
a. en este mundo nos pone Jesús	35
b. la conversión	37
7. Siervos de la Misericordia.	34
a. cerca de la conversión	41
b. al servir a la misericordia	43
8. La misión de la Comunidad	77

